

Miguel Servet y la espada del samurái

Por Sergio BACHES OPI

Socio de Baches Gálvez Abogados, Dr. en Derecho y Director del Instituto de Estudios Sijeneses "Miguel Servet"

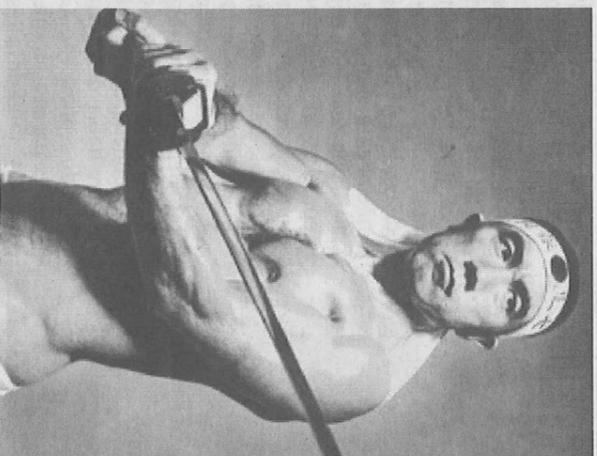
EN UNA de mis conferencias sobre Miguel Servet se me ocurrió calificarle como un "samurái" de la teología, ante la perplejidad de algunas personas que me escuchaban. La extrañeza hacia esta afirmación obedecía quizás a la dificultad de asociar al gran humanista con esta casta de guerreros japonesa que, hasta la segunda mitad del siglo XIX, fue la columna vertebral del sistema feudal vigente en el Japón. Hasta su extinción bajo la dinastía Meiji, los samuráis servían a un señor (daimio o shōgun) y lavaban sus deudas de honor con un ritual de autoinmolación conocido en japonés como "seppuku". El "seppuku" consistía en abrirse el abdomen de izquierda a derecha ("hara-kiri") con una espada y en la decapitación del suicida por otro samurái tan pronto como el tronco de éste se decantaba institivamente hacia delante después de haber cortado sus vísceras.

Con este gesto, el guerrero demostraba su sinceridad pues, según la tradición japonesa, el vientre es la zona del cuerpo humano que se identifica con este sentimiento y donde radica el espíritu. Se que estos comportamientos son difíciles de entender en una sociedad, como la nuestra, emporrachada de secularismo, acomodo y fivolidad, y poco dada a la épica. Quizás fue el escritor Yukio Mishima, a quien se le hurtó el Premio Nobel de literatura por cuestiones políticas, el último samurái. El 26 de noviembre de 1970, Mishima, ayudado por cuatro de sus seguidores, secuestró al jefe de las fuerzas de autodefensa del Japón en su cuartel general de Tokio. Con ello intentaba, de un modo ciertamente suicida, dar un aldabonazo en la conciencia del ejército y de la sociedad japonesa e inductivos a una rebelión que resaturase los valores tradicionales en torno a la figura del Emperador. La autoinmolación como ritual destinado a despertar conciencias es un fenómeno que merece cierta reflexión cuando se piensa en Miguel Servet.

>Creo que es plausible afirmar que Servet fue un chivo expiatorio en esa lucha por el control de la política ginebrina, y que el factor político es una de las razones que explica su ejecución

Uno de los episodios que más discusiones e hipótesis ha despertado en torno al humanista aragonés es su viaje a Ginebra y su enfrentamiento directo con el reformador Juan Calvino. ¿Conocía Servet los peligros a los que se enfrentaba si acudía a Ginebra, hasta el punto de poder ser calificado como un "samurái" de la teología, es decir, alguien consciente de que se estaba autoinmolando por una idea? ¿Tenía noticia de la delicada situación por la que atravesaba el reformador en su lucha con algunos sectores de la sociedad ginebrina opuestos a su programa religioso?

A finales de febrero de 1553, Calvino, desde Ginebra, denuncia a Servet ante las autoridades católicas de Viena del Delinado, la ciudad situada cerca de Lyon y a orillas del Ródano. Allí es encarcelado y acusado de



Los samuráis eran una casta de guerreros japonesa vigente hasta la segunda mitad del siglo XIX

herejía, hasta que se evade el 7 de abril. Desde esa fecha hasta su detención en Ginebra, el 13 de agosto, transcurren más de cuatro meses. Nada se sabe de dónde estuvo o con quién se relacionó, aunque en el proceso dijo que inicialmente había tomado el camino hacia España, si bien desistió por temor a ser apresado. Durante su juicio en Ginebra, Servet declaró que había llegado la noche anterior, que estaba de paso en Ginebra y que se dirigía al reino de Nápoles para ejercer la medicina entre los españoles. Nada parece indicar que mintiera, pero un simple vistazo a la cartografía permite ver que la ruta de Ginebra no era la más corta. Es plausible pensar que había algo más... quizás un deseo de saldar cuentas con su delator y exponerle cara a cara sus ideas teológicas sobre la restitución del Cristianismo a las formas y dogmas de los primeros cristianos. Servet, es un hecho incontrovertido, se creía portador de un mensaje divino importante para la Cristiandad y no dudó en manifestar, mucho tiempo antes de su episodio ginebrino, entre 1546 y 1547, una idea épica: "Sé muy bien que he de morir en este empeño, pero no por ello flaquea mi ánimo, pues quiero hacerme, como discípulo, semejante al maestro". Y en Ginebra se defiende frente a las acusaciones que Calvino presenta en el juicio repitiendo esa misma determinación: "En esta causa tan justa estoy firme y no temo a la muerte".

La imagen de un Calvino que ejerce un poder teocrático y omnipotente sobre los temerosos ciudadanos de Ginebra es difícil de compaginar con su situación real cuando estalla el "affaire" Servet. En aquel tiempo, Juan Calvino no gozaba de la ciudadanía ginebrina, siendo, jurídicamente, un simple "residente". En consecuencia, no podía votar, ni ocupar cargos públicos, a excepción del cargo de pastor o profesor, ni tampoco llevar armas. A Calvino sólo se le concedió la ciudadanía en 1559, casi seis años después de la muerte de Servet.

Las decisiones de Calvino y sus movimientos por consolidar un poder teológico que influyese decisivamente en los magistrados civiles y en las costumbres profanas de la ciudad encontraron la oposición de una parte importante de la sociedad ginebrina. A principios de 1553, sus opositores, con Ami Perrin y Filiberto Berthelier a la cabeza, con-

trolaban el Pequeño Consejo, el máximo órgano ejecutivo y judicial de Ginebra. En ese momento, el Pequeño Consejo se sintió lo suficientemente fuerte para retar a Calvino en el terreno del mantenimiento de la disciplina moral, que el reformador consideraba competencia exclusiva de su Consistorio de Pastores en virtud de las Ordenanzas eclesásticas de 1541. Sin embargo, esta situación no impide afirmar que Calvino gozaba de un claro poder espiritual y ético en Ginebra, y que lo ejerció con suma inteligencia en el asunto concerniente a Miguel Servet.

Sin pretenderlo, la detención de Miguel Servet, por denuncia expresa de Calvino, va a ofrecer tanto a éste como a sus opositores directos, un momento único para reclamar lo que consideraban como una prerrogativa propia y exclusiva, a saber, el derecho de juzgar a los herejes. Por un lado, Calvino vio una ocasión propicia para ejercer su poder religioso, escenificando, no sólo ante los ginebrinos sino también ante el mundo cristiano de su época, su influencia en asuntos de heterodoxia religiosa. Por otro lado, Servet le proporciona también al Pequeño Consejo un pretexto para afirmar su poder frente a Calvino, demostrándole que, en tanto que máximo órgano jurisdiccional de la ciudad-estado, ostentaba la competencia exclusiva para juzgar los crímenes de herejía. Dos poderes frente a frente y en medio un Servet indefenso.

Creo que es plausible afirmar que Servet fue un chivo expiatorio en esa lucha por el control de la política ginebrina, y que el factor político es una de las razones que explica su ejecución. Es posible que Servet no fuera consciente de los detalles más actuales de la política ginebrina y de la delicada situación de Calvino, pero claramente conocía que éste era un líder religioso con capacidad para influir en las estructuras administrativas y judiciales de la ciudad y que éste no le tenía ninguna estima. También parece poco probable que Servet, bien conectado socialmente en la zona de Lyon, no recibiese noticias sobre la situación en Ginebra durante los cuatro meses que permaneció "desaparecido", máxime cuando su decisión de acudir a la ciudad no parece improvisada. Todo apunta a que Servet conocía el peligro al que se exponía y no por ello evitó su paso por Ginebra. Asimismo, durante su proceso, y a pesar de las penurias de su cautiverio, mostró el deseo de comunicar su verdad y "sinceridad" religiosa públicamente, por lo que parecía consciente de que con su autoinmolación podía sacudir las conciencias de un número suficiente de personas para que su muerte no fuese olvidada y sembrase la semilla de una postura más tolerante hacia los heterodoxos religiosos. Por lo tanto, se aprecia en el comportamiento de Servet el destello propio del suicidio ritual de los samuráis.

La historia posterior a su holocausto demuestra que la "espada" de Servet no pereció con él. Desde los meses posteriores a su muerte su filo ha atravesado "de izquierda a derecha" las vísceras de la Historia durante siglos y ha sido blandida como ejemplo por muchos de los que han defendido el ejercicio libre y responsable del derecho a la libertad de expresión y de conciencia. Los lectores pueden legítimamente preguntarse por el origen de este artículo. Les diré que se empezó a escribir hace un par de años, cuando un estudiante japonés, que apenas balbuceaba unas palabras de español, se presentó en la Casa Natal de Miguel Servet para conocer la vida y el sacrificio del gran mártir de Villanueva de Sijena.